

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

## ¡QUE SERA?

A Victor M. Rendón.—París.

Cuando en las selvas al mediar el dia,  
Reina el silencio, que interrumpe apena  
Un vuelo de ave, entre las sombras llenas  
De fragancias y agreste poesia...

Cuando en la noche azul, casi sombría,  
Las pupilas, de afán vulgar apenas,  
Contemplan entre ansiosas y serenas,  
Del cielo la admirable pedería...

Parece que en sutil vago misterio  
Se velan bosque y cielo; en un letargo  
O hechizo, a toda confidencia esquivo...

Y es como una tristeza, un algo serio,  
Que en si nada es, quizás Y, sin embargo...

Yo quedo mucho tiempo pensativo.  
Juan ILLINGWORTH.

## LA APUESTA

En una de mis juveniles giras veraniegas, llegué, hace ya bastantes años, —me dijo Delfín de las Peñas, al balneario de Aguas Buenas. No existía entonces la linea férrea por la que hoy corre el tren desde la hermosa villa de Enrique IV, el Bearnés, hasta Larún, cabecera de cañón en el pintoresco valle de Ossau. Los cuarenta y cuatro kilómetros, que separan Pau de Aguas Buenas, forzoso era recorrerlos a caballo, en diligencia o como lo hice, en coche particular. Aunque diez a doce mil pesos, atacadas del pecho o de la garganta las más, noveleros turistas las menos, lo frecuentaban ya anualmente de junio a octubre, este sitio termal no probaron las diversiones que la juventud sana y alegre, al acompañar a dudos enfermos, busca y halla en los elegantes ensinos de otras ciudades. Las veladas transcurrian tristes y monotonas en Aguas Buenas, aún en sus principales fuentes, que en aquellos tiempos eran el hotel de los Príncipes y el hotel de Francia, separados por la plaza, en cuyo seno circundado por la muy inclinada vía de carretera se extendía el pequeño jardín Darralde, centro de reunión de los bañistas a toda hora y, principalmente, cuando la banda municipal tocaba allí en su quiosco.

Mé hospedé, —continúo diciendo Delfín, en el hotel de Francia y, la primera noche, como a nadie conocía allí, procurando, llevando los diarios desplegados sobre la mesa del salón, matar el tedio de mi aislamiento en el seno de distinguida sociedad. Grata sorpresa experimenté súbitamente al ver que entraba a saludar a unas señoras el más simpático de mis amigos madrileños, Pepito Donoso, Marqués de Maravillas. Buena calavera era, pues, en sus veinticinco a briles, mientras le llegaba el día de ostentar la Grandeza de España, dolidad anticipadamente la enajenada herencia paterna, conservando, esto sí, las distinguidas maneras en sus

mil diablos. Al mirarme, corrió a darme un abrazo. —Tú, aquí! —exclamó. —Peregrina ocurrencia la tuya! ¡Llegar, bueno y sano, a esta altura para explorar el contagio del más malandado de los buecos! A qué has venido?

—Igual pregunta te haré a tí que vendes salud. Me hallo de paso, en una rápida recorrida de los Pirineos.

—Yo, chico, me estoy aburriendo soberanamente en esta antecala del cementerio; pero ¿qué quieres? Pues una bronquitis v. para acabar de torturarme, el médico me receta esas agrias. Me ha visto obligado a beberlas por complacer a mis padres. Pasado mañana, gracias a Dios, termino el tratamiento v. en seguida si no se las llaman señoritas o señoritas decentes.

Deseé que se presentó la insigne Flora ante el selecto público, Pepito manifestó el más vivo entusiasmo. Sus ruidosos aplausos y los floridos conceptos expresados en voz alta no pasaron desapercibidos de la hermosa artista. En la venta, que hizo ella, de los boletos para la rifa de insignificantes objetos, compró Pepito el mayor número y mereció así muy expresiva mirada y dulce sonrisa de la beneficiaria. Al terminar la función, nos obligó a los tres a acercárnos para felicitarnos al varón a su compañero, lo que hizo efusivamente. Con exquisita galantería se dió mañana para que poco después, en el restaurante, libráramos los cuatro el champagne en unión de la salvadísima Flora y del discreto Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—Y aquí careces de elementos para cometer alguna de tus calaveras. ¡Cuándo serás juevioso!

—Menos que nunca en este lugar donde, viendo cómo siega la muerte implacablemente a tantos seres jóvenes, opino que urge gozar de la vida lo más posible mientras hay salud y pesetas.

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquilamente Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard y presentarse públicamente con la bellísima Flora a su lado.

Convenido de que, al disiparse los humos del rubio liebre, comprendieran Pepito y el inglés que no debían persistir en la inaudita locura, salió temprano en la madrugada.

Al terminarse el espectáculo, aguardé en la puerta del teatro a los artistas que, lisa y llanamente, encajaron la mano, aceptaron mi

estreno. Pero, ahora que recuerdo iba a la calle, la mañana siguiente, en busca de la tuyu! En la gaceta local annuncian que llegarán mañana al hotel de los Príncipes, en el que estoy parando, un célebre prestidigitador y espiritista, Monsieur Renard, con su médium, la notabilísima Flora. Dari, a las nueve de la noche, una representación en la sala del hotel. No hay que perder tan excepcional ocasión de holgarnos un poco. Vente a comer conmigo y, luego, nos dejaremos almorzar por esos hechiceros.

Acepté el convite y, a la hora fijada, asistí al día siguiente al hotel de los Príncipes. A la mesa de Pepito sentáronse conmigo dos de sus compañeros de fonda, que me presentó, el parisense Martel y el inglés Scott, cuyos semblantes revelaban los estragos causados en los respectivos organismos de ambos por el abuso de los placeres de la juventud. No dejó nada que desechar la exquisita comida durante la que se prodigó el champagne. A las nueve principió la función y, realmente, resultaron muy hábiles los illusionistas. Era una lucida pareja; joven y simpática él; guapísima morena ella, de vivos ojos negros y boca risueña, de graciosa envergadura que lucía un rico traje bordado de lentejuelas, sin mangas, de amplio escote y faldas cortas, menos, sin embargo, que las que hoy gastan las muchachas de aquellas que se ofenderían si no se las llamasen señoritas o señoritas decentes.

Deseé que se presentó la insigne Flora ante el selecto público, Pepito manifestó el más vivo entusiasmo. Sus ruidosos aplausos y los floridos conceptos expresados en voz alta no pasaron desapercibidos de la hermosa artista. En la venta, que hizo ella, de los boletos para la rifa de insignificantes objetos, compró Pepito el mayor número y mereció así muy expresiva mirada y dulce sonrisa de la beneficiaria. Al terminar la función, nos obligó a los tres a acercárnos para felicitarnos al varón a su compañero, lo que hizo efusivamente. Con exquisita galantería se dió mañana para que poco después, en el restaurante, libráramos los cuatro el champagne en unión de la salvadísima Flora y del discreto Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquilamente Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquilamente Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquila Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquila Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquila Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquila Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desembolso propuesto, —le contestó, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que, por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo, —replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos, —profirió tranquila Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despistaba por todo lo exótico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pacado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jugarrata a Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mis francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desistes, Pepito, —le dije, —y vamonos cada cual a nuestra cámara, que muy mala opinión merecerá del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que hoy ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo, —insistió, con la tenacidad del que persigue una idea si al calor del jugo de